



Diego Enrique Osorno,
*Un vaquero cruza la frontera en silencio. La
historia de Gerónimo González Garza*

(Ciudad de México, CONAPRED, 2011,
123 pp. , ISBN 978-607-7514-47-3¹)

por Ana María González Luna C.

¿Cómo escribir sobre el silencio? El silencio que acompaña la frontera noreste de México dialoga con otro silencio obligado, el de un sordo migrante, hijo de esa tierra árida, dura y orgullosa. En *Un vaquero cruza la frontera en silencio* Diego Enrique Osorno, joven narrador mexicano y uno de los mejores representantes del periodismo latinoamericano, también él hijo de esa tierra maltratada, dolida, silenciada, responde a la pregunta al narrar la vida de su tío Gerónimo, sordo desde el nacimiento, en consecuencia mudo, y migrante desde muy joven.

Mucho se ha escrito de lo que sucede en Tijuana, Sonora y Ciudad Juárez – una narrativa que ha generado un lenguaje propio –, pero poco se dice y nada se cuenta

¹Como todas las publicaciones del CONAPRED (Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación), el libro está disponible en línea: http://www.conapred.org.mx/documentos_cedoc/VCFS-Accss.pdf



de la violencia de esta frontera de Nuevo Laredo, Reynosa, Matamoros, una tierra sin voz. Un territorio ocultado por el silencio, una frontera que en silencio cruza el vaquero Gerónimo, protagonista de esta historia en la que se teje una doble discriminación, la del sordomudo y la del migrante indocumentado. La pobreza y el hambre lo empujan desde muy joven a cruzar la frontera, en los años en que todavía no se hablaba de construir muros, ni de rancheros armados para vigilar las rutas de los migrantes en busca de trabajo. En poco tiempo se da cuenta de que en Estados Unidos existen posibilidades concretas de construirse un futuro en sus condiciones de sordera: “Cuando Gerónimo llegó al otro lado era un ilegal, pero eso era menos dramático que lo que le pasaba en México, donde la discriminación hacía que algunos lo consideraran un imbécil” (2012: 51).

La historia de Gerónimo es el testimonio de quienes padecen de discapacidad auditiva en México, y migran buscando no ser considerados inútiles o imbéciles. Su historia es la de muchos otros que, como él, nacen y crecen en un núcleo familiar en el que aprenden a vivir sin haber contado con ningún tipo de asistencia social; manifiestan la necesidad básica de un lenguaje que les permita comunicarse, como el lenguaje de señas, esa “especie de escritura de imágenes en el aire” que se representa simbólicamente en la numeración de los veinticinco capítulos del relato y en el alfabeto de señas que abre el texto. El esfuerzo titánico de quienes intentan crear estructuras adecuadas, como la Agrupación Mexicana de Sordo-Mudos, A.C., en medio de una realidad mexicana prevalentemente discriminante – aún cuando desde 2003 la Lengua de Señas Mexicana ha sido reconocida como lengua nacional, según afirma en su presentación Ricardo Bucio, director del Consejo Nacional para la no Discriminación, institución que edita el libro –, contrasta con las condiciones favorables que encuentran en los Estados Unidos, donde el respeto al derecho de los discapacitados auditivos ha llevado incluso a la fundación de la Universidad de Gallaudet, en Washington, la única en el mundo para sordomudos. Si bien Gerónimo indirectamente se benefició de un movimiento de orgullo sordo estadounidense que reivindicaba la lengua de señas en los años setenta y ochenta, él nunca lo supo, “porque su vida de migrante estaba lejos del movimiento intelectual sordo americano” (2012: 49).

Los personajes de este relato son metáforas de mundos complejos, cuyos nombres no son retórica sino realidad: *Frontera, Madre, Padre, Hipoteca, Van, Guerra, Tío, Casa, Reportero*.

Así, *Reportero* escribe esta historia, que es también un viaje en la propia historia familiar. Un homenaje a *Tío*, cuyo nombre es, a su vez, homenaje a otro tío Gerónimo, hermano del padre, que murió de forma trágica por una bala salida del rifle de su mejor amigo.

Es, asimismo, el testimonio de *Frontera*. Espacio de la migración interna de los padres de *Tío*, que dejan el campo árido, duro de Rancho Nuevo, y se van a la ciudad de Monterrey buscando mejores condiciones de vida. Espacio que atraviesa *Tío* en su



continuo nomadismo, vendiendo llaveros en México y, más tarde, a partir de 1969, de *mojado* en Estados Unidos, en una caravana de sordomudos junto con sus amigos Leobardo y Germán. Después de varias deportaciones y de recorrer varios estados de la frontera norte, finalmente se detiene en San Antonio, Texas, donde construye una familia con su esposa Ana, norteamericana, también ella sorda. Tienen dos hijos, que sin ser sordos, son intérpretes de sus padres al hablar cuatro idiomas (español, inglés, y sus respectivos lenguajes sordos). Sin embargo, Gerónimo sigue cruzando *Frontera*.

La "Frontera Chica" es otra declinación de *Frontera*. Una región poco conocida (donde *Tío* tiene un rancho), que se extiende a lo largo de un valle entre los estados de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, desde 2010 campo de batalla de una guerra que llegó de fuera, "cuando una decena de cabeceras municipales fueron atacadas por hombres armados en caravanas de camionetas *pick-up*" (2012: 54). Y sobre el cual Osorno publicará un año más tarde un detallado y valiente reportaje: *La guerra de los Zetas*.

Frontera es también lenguaje, el de señas, el del extranjero; lenguajes que al no conocerlos encierran en el silencio. Es también ausencia de palabras ante lo indecible de la violencia, de la discriminación. Una paradoja caracteriza el reportaje de Osorno: hablar de los que no pueden hablar. *Tío* carece de voz, *Frontera* no puede hablar. "La frontera noreste de México carece de un lenguaje propio en estos tiempos de guerra. Y sin lenguaje, la libertad queda mucho más lejos. El lenguaje es lo que hace posible el pensamiento, marca la diferencia entre lo que es humano y lo que no lo es" (2012: 55).

Si bien no explícitamente, la división de los capítulos del libro nos revela una estructura en tres partes: el relato de la vida de *Tío*, Gerónimo; la secuencia sugestiva en fotografías realizadas por Rodrigo Vázquez; y un epílogo que nos introduce en el contexto de "Frontera Chica", ese topos representado metonímicamente por San Fernando, Tamaulipas, lugar de *Guerra*, de violencia y muerte, donde los Zetas masacraron a 72 migrantes, y cuyos cadáveres fueron encontrados el 23 de agosto de 2010. En "Habla San Fernando" Osorno vuelve a dar voz a quien no la tiene: una voz en primera persona cuenta, alternando poesía y prosa, la historia, el pasado y el presente violento de un pueblo, San Fernando, que quiere creer en un futuro posible, que no sea de muerte.

El libro es una crónica bien lograda, escrita con un lenguaje parco y llano, como muchos paisajes de la frontera. Es un retrato de la realidad contemporánea a través del cual denuncia una múltiple discriminación, la de los sordomudos en México, la de los migrantes indocumentados, y la de una tierra silenciada por el horror y la indiferencia, por la violencia atroz. Un retrato caracterizado por un juego de contrastes que aparece desde los primeros trazos, cuando el hambre se combate cocinando y vendiendo comida, *Madre* cocina y *Padre* vende esa comida que se prepara en *Casa*, donde una olla hirviendo constantemente desafía problemas como la *Hipoteca*, esa palabra poderosa que nadie quiere oír, ni decir, hasta que un día *Tío* envía dólares desde



Estados Unidos. "Ese día la palabra *Hipoteca* pierde una batalla y deja en paz a *Casa*." (2012: 24).

Detrás de la narración se intuye un trabajo de investigación y documentación muy cuidado. El autor hace referencias a textos, cita documentos, habla de películas e incluye letras de canciones, para ilustrar y reforzar la información, en particular sobre la condición de los sordos y su evolución en México y en Estados Unidos. Desde una crónica de José Martí sobre la Escuela Nacional de Sordomudos de México de 1875, hasta el libro del neurólogo y escritor Oliver Sacks, *Veo una voz: viaje al mundo de los sordos*, o la canción *El sordomudo* del conocido grupo musical de frontera los Tigres del Norte.

La voz de Gerónimo que ha permanecido prisionera, así como la voz de la frontera noreste que tantas veces ha atravesado en silencio, se escuchan en este libro de Diego Osorno que cruza fronteras y rompe silencios.

Ana María González Luna C.

Università degli Studi di Milano - Bicocca

anamaria.gonzalez@unimib.it